

BIBLIOGRAFIA

RICONDA, G., *Invito al pensiero di Kant*, Mursia, Milano 1987.

Una breve biografía del autor alemán abre el libro *Invito al pensiero di Kant*, recientemente publicado en la colección *Invito al pensiero di ...* La infancia, la primera juventud, los encargos académicos, los problemas con la censura... desfilan por las primeras líneas de la obra. Resulta interesante la referencia a la conocida carta de Kant, fechada en 1772: *estoy ahora en grado de proponer una crítica de la razón pura, que trata del conocimiento teórico y práctico, en cuanto puramente intelectual: de la primera parte, que estudia antes de nada las fuentes de la metafísica, sus métodos y límites y además los principios puros de la moralidad, publicará lo que se refiere al primer argumento dentro de unos tres meses* (p. 22).

El recuerdo del famoso epitafio, tomado de la *Crítica de la razón práctica*, anuncia el comienzo de la exposición. No está de más recordar aquellas bellas palabras: "dos cosas llenan el ánimo de admiración y reverencia siempre nuevas y crecientes, cuanto con más frecuencia y más tiempo se detiene el pensamiento sobre ellas: *el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí.*"

El estudio de los primeros escritos kantianos permite seguir la pista de muchos aspectos que serán luego puntos básicos de su pensamiento. Así, en 1762, aunque la publicación es de 1764, escribe Kant *que es en todo y*

para todo necesario que nos persuadamos de la existencia de Dios, pero no es estrictamente necesario demostrarla. ¿Cómo no ver aquí un adelanto de la afirmación kantiana de que la razón práctica ha de postular la existencia de Dios, pero la razón teórica no puede demostrarla?

El tercer capítulo del libro que estamos comentando, queda consagrado a *la teoría crítica della conoscenza e il problema della Metafisica*. Al hilo de los textos kantianos de la Crítica de la Razón Pura, con especial referencia a los prólogos, Riconda recuerda los pasos intelectuales dados por Kant en su busca de un sistema filosófico nuevo. El rechazo de la realidad, las representaciones *a priori* de la sensibilidad, la definición de las categorías... se suceden a través de las páginas en un orden quizá excesivamente académico.

Ocupan su preciso lugar, eso sí, las definiciones de cada uno de los nuevos conceptos que aparecen en el kantismo. Por ejemplo, en la p. 76, se explicita que *la lógica trascendental estudia el pensamiento sintético a priori: se pone el problema de la relación del pensamiento con los objetos y con los contenidos que piensa, el problema de cómo la forma del pensamiento pueda referirse a objetos reales.*

Más interesante resulta el capítulo cuarto, consagrado a *La dottrina morale*. Vemos desfilar ahora la exposición kantiana de la moral. Como es lógico, no podían faltar las formulaciones del imperativo categórico —

BIBLIOGRAFIA

obra según la norma que, al mismo tiempo, puedes desear que se convierta en ley universal; actúa como si la norma de tu acción hubiese de ser convertida en ley universal de la naturaleza; y, poco después, actúa de modo tal que trates a la humanidad, sea en tu persona, sea en la de los demás, siempre como fin y nunca sólo como medio—, y tantas otras frases famosas.

Se echa en falta, sin embargo, la necesaria crítica para presentar la insuficiencia del pensamiento kantiano. No es éste el lugar adecuado para realizarla, pero sí pueden apuntarse algunos aspectos, que no por conocidos son de menor interés. Kant emprendió el análisis del conocimiento con la intención de justificar las condiciones de posibilidad de la ciencia ante las críticas del escepticismo. Pero adoptar como fundamento las *condiciones de posibilidad* es tanto como aceptar la duda crítica como base del conocimiento científico. Sucede que Kant sustituye en su Filosofía, la verdad por la *objetividad*. Y pretende asegurar esa objetividad mediante el análisis de la posibilidad de los juicios sintéticos *a priori*.

En la moral, las cosas no acaecen exactamente así, pero el resultado es similar. Su moral se basa fundamentalmente en el empleo inmanente de los principios de la razón práctica, que garantizan la perfecta autonomía del individuo. El principio absoluto y radical es la libertad: la moralidad se convierte en espontaneidad racional, sin leyes trascendentes.

El apriorismo de la moral kantiana implica poner la libertad como absoluta autonomía, sin límite, sin ser medida por el ser, ni por la naturaleza, ni por Dios. La moralidad se convierte en realización *práctica* de un hombre que es a todo superior, y que sólo a sí mismo se acepta como propia ley.

Pero, hay que decirlo claramente, postular la identificación entre persona y libertad es excesivo. Elevar la libertad a criterio supremo y absoluto; entregarse con armas y bagajes en manos del "quiero", que —no tardará mucho—, puede convertirse en "me apeetece"; no distinguir con suficiente claridad entre felicidad y hedonismo... es mucho más que una mera propuesta alternativa.

Esto y mucho más habría que decir en un libro que invita a conocer al pensador alemán. Si *creemos* en la existencia de la verdad, y los filósofos nos pasamos la vida *gateando* detrás de ella, hay que atreverse a decir dónde y por qué ha quedado empañada.

Sigamos adelante. La Estética y la Teología son los temas ahora tratados. Al hilo de los textos de la crítica del Juicio, vemos a Kant completar su famosa trilogía.

Tres capítulos componen el broche final de la obra de Riconda: *Il diritto e la storia. La religione; La critica* y la *Nota bibliografica*. El más interesante es el primero, especialmente cuando el autor se detiene en el análisis que de la revolución francesa hizo Kant.

Aparecen en estas últimas páginas —no podía faltar— el Kant de los

BIBLIOGRAFIA

grandes ideales, de las grandes ilusiones: la paz a la que la humanidad debe aspirar, son palabras del filósofo alemán, *no es una paz producida y garantizada, como la paz de cualquier despotismo (verdadera tumba de la libertad), por el debilitarse de las energías, sino de su equilibrio.*

Acabamos. *Invitar* es palabra muy fuerte. Significa *inducir, incitar, estimular, atraer*: hacer partícipe, en definitiva, de algo nuevo. No se invita seriamente a ver el telediario, salvo como mera cortesía. Se *invita* a un plan apasionante, a un verano de ficción, a compartir unos momentos sublimes. Tal vez por eso, el libro de Riconda necesitaba otro título que reflejara su carácter —lo hemos dicho ya— académico.

Javier Fernández Aguado

SPAEMANN, R., *Das Natürliche und das Vernünftige. Aufsätze zur Anthropologie*, Piper, München 1987, 137 págs.

Los cuatro trabajos que integran la presente obra poseen clara unidad interna e indudable homogeneidad temática. Pese a haber aparecido por separado entre los años 1984 y 1987, su común preocupación por determinar la

noción de naturaleza de modo que permita pensar al hombre como ser natural y personal a la vez, autoriza a agruparlos conjuntamente formando un todo unitario.

Al intentar averiguar la índole esencial de la naturaleza humana capaz de cumplir esa exigencia —*Über den Begriff einer Natur des Menschen*—, la mayor parte de los pensadores han succumbido al dualismo. La reiterada alusión kantiana a los puntos de vista pragmático y fisiológico, entendidos como perspectivas contrapuestas e irreductibles entre sí, es una de sus manifestaciones más notables. Pero no es la única. En el mismo error incurre Descartes. Su rechazo de la antropología como disciplina filosófica se debe a la incapacidad para reunir armónicamente la *res cogitans* con la *res extensa* y para superar la incommunicabilidad entre el alma y el cuerpo. En la hermenéutica posterior, el dualismo se presenta de doble manera. De una parte, como separación radical entre individuo e historia. "Was der Mensch sei —dirá Dilthey—, sagt ihm nur seine Geschichte". De otra, como oposición tajante entre hermenéutica como tal y naturalismo o reduccionismo cientista. La primera, sobre todo en la forma radicalizada de Sartre, absolutiza la *Innenperspektive* cartesiana, y considera al hombre como pura trascendencia finita o como absoluta libertad despojada de esencia: como estricto para sí que la mirada ajena —"el infierno son los otros"— fija y aniquila reduciendo a mera obje-